



Revista de Orientación y Cultura, dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XIII	San Salvador, C. A., Mayo de 1958	Número 126
----------	-----------------------------------	---------------

ORIENTACION

Racional y desinteresadamente

Dos adverbios que deben condicionar nuestra posición respecto a toda verdad y en particular a la verdad religiosa.

Dos adverbios en los que hay que insistir en nuestros días de irracionalismo y de pragmatismo, en especial religioso.

IRRACIONALISMO INTERESADO

Un diluvio de ideas han anegado al hombre de la razón inutilizando sus resortes naturales para descubrir realidades y verdades más allá de su experiencia sensible. Reducido el hombre a mero expectador de fenómenos, coordinador y aprovechador y aun diremos que proyectista, procura buscar en ellos la satisfacción de sus inmediatas o más perentorias necesidades, pero sin discurrir sobre los fenómenos ni elevarse a sus causas y por ellas al plan general que nos descubra a su autor, sus intenciones y la clave o las claves del buen funcionamiento de todo el conjunto.

Supongamos que una multitud indocta, indisciplinada y necesitada entrara en una de las modernas ciudades universitarias. Habría gente que en sus campos de juego establecería sus barracas, felicitándose de tanta holgura nunca gozada en sus pasadas estrecheces; otros harían de los laboratorios de química su cocina; no faltarían quienes de los instrumentos de física se sirvieran como de juguetes o quienes convertirían los corredores en tenderetes de baratijas, con el resultado de que al poco tiempo la flamante ciudad universitaria con sus diversas dependencias quedaría incognoscible y además inservible para el alto fin al que estaba

destinada. Todo por no haberse enterado antes de su naturaleza y finalidades, una de las cuales bien podría ser, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, la de encontrar la debida solución a las diversas necesidades de aquella multitud.

Ante el noble conjunto de parques y edificios abierto a sus ojos, pudieran haber preguntado aquellas gentes a su razón para qué serviría todo aquello. Caso de no encontrar respuesta en sí mismas, deberían haber acudido en su busca a las autoridades universitarias o alguna persona competente. No lo hicieron. Se contentaron con las inmediatas satisfacciones que encontró cada cual. Entre todos inutilizaron el funcionamiento de la institución y a la vez se quedaron sin el higiénico barrio popular que de su intervención inquisitoria pudiera haber resultado, sin perjuicio de nadie y para bien de todos.

Aunque nos cueste el reconocerlo, algo parecido está sucediendo en el mundo y aun mucho peor, porque no nos contentamos los hombres con satisfacer nuestras necesidades y comodidades de una manera primitiva o inmediata. Hemos descendido de escalón en escalón hasta negar la misma fuerza de la razón para encontrar la verdad de las cosas y darnos cuenta de la razón de ser del admirable conjunto del universo y de nuestro mundo en él.

Sumergidos en un absoluto irracionalismo y lo bastante sensibles al contacto inmediato de los demás, únicamente cuidamos de que nadie nos desbanque de la situación adquirida, para lo cual exigimos que haya algún orden de hecho y de que se mantenga por conveniencia mutua o la fuerza, sin otros apoyos ni atractivos de orden racional superior que explique el origen y la finalidad de nuestro mundo y el puesto que en él corresponde al hombre y las relaciones que deben ligarnos mutuamente.

El ejercicio de la inteligencia, la de leer dentro de las cosas (intus legere) se ha reducido a la observación externa y al aprovechamiento inmediatos de los fenómenos. Ni siquiera hemos sabido conservar por incomprensida, la noción de ley natural en el mundo físico, mucho menos en el mundo moral, con lo que todo queda entregado a la incertidumbre, al capricho o a lo más a la probabilidad cambiante de cada situación. Bien se ve que por este camino no cabe arreglo del individuo, y si del individuo no ¿lo vamos a esperar de la humanidad?

ANTES DE AHORA

No es que la razón o la inteligencia hayan perdido su fuerza para ver más allá de los sentidos; los que hemos perdido esa fuerza somos los hombres atontecidos en medio del remolino incontinente de ideas las más disparatadas, seducidos por el efímero brillo de los adelantos materiales y debilitados o enervados por la vida y los placeres de los sentidos y hasta algunos, por lo que se puede deducir de su vida y escritos, pervertidos y pervertidores, positivamente y de antemano renuentes y contrarios a todo esfuerzo deductivo de la razón, en cuestiones fuera de alcance de nuestros sentidos.

La historia nos testifica del hecho que conforme se ha ido obscureciendo la idea de Dios, a ese paso hemos ido cayendo en el irracionalismo. Ha sido y sigue siendo muy común ligar la persuasión de la existencia de Dios únicamente a la creencia que achacamos a los antiguos de hacer de Dios el agente inmediato de los fenómenos naturales que hoy sabemos debidos a causas bien conocidas. Pensamos que los que así dicen por el deseo de que no exista Dios, se apresuran a poner en la mente y corazón de los antiguos lo que nunca al menos los más conspicuos de ellos creyeron, porque no desconocían tampoco ellos las causas inmediatas o segundas, como tampoco las desconocemos nosotros, sin que esto impida

el que ellos y nosotros atribuyamos a Dios, como a primer Principio, de una manera o de otra, por volición positiva o permisiva, cuanto acaece en el mundo.

Sabe la razón elevarse al ser necesario por los contingentes que lo mismo pueden existir o dejar de existir, columbramos la suprema inteligencia ordenadora por el maravilloso orden que reina en las cosas, sin inteligencia dentro de ellas; sobre todo la vida con su riqueza y complejidad casi infinita que una vez no existió, nos pone frente a la fuente inexhausta de ella; los fenómenos de la conciencia en su ingenua aparición nos hablan muy alto de una ley eterna y de su correspondiente legislador que manda el bien, prohíbe y castiga el mal; ley eterna hecha regla viva de conducta en nosotros.

Un mundo no menos maravilloso que el de las realidades externas encontramos dentro de nosotros en nuestra inteligencia; el de verdades eternas, absolutas, a manera de luces fijas y principios incommovibles, siendo así que nosotros tenemos comienzo y sucesión de más y de menos. No podemos decir que nosotros somos la sede de la verdad, que sería decir tanto como que somos la verdad, insensatez mostruosa, reconocida falsa por la experiencia cotidiana. Por lo tanto, como bellísimamente dice el gran Lacordaire, "si la verdad no es un nombre vano, ella no se encuentra en el universo sino en estado de expresión, ni en nuestro espíritu sino en estado de aparición; en el universo, como el artista en su obra; en nuestro espíritu, como el sol en nuestros ojos. Mas, por encima del universo y de nuestro espíritu, ella subsiste en sí misma: esencia real, infinita, eterna, absoluta, existente por sí misma, consciente e inteligente de sí misma, porque ¿cómo no se va a entender a sí misma ya que es la fuente de toda inteligencia? Pues he aquí que decir esto de la verdad, equivale a definir a Dios. Dios es el nombre propio de la verdad, como la verdad es el nombre abstracto de Dios. Hay, pues un Dios, si es que existe una verdad.

Por diferentes y múltiples caminos la razón humana desde sus primeros orígenes ha encontrado a Dios y se ha relacionado con él acompañada de la voluntad. Es lo que llamamos religión, y en esa relación con la divinidad el hombre ha visto la explicación de su razón de ser, de su quehacer y de su destino y de ella ha recibido su nobleza y los fundamentos más incommovibles de sus derechos a la vida, a su desarrollo y a su bien entendida libertad. De haberse equivocado la humanidad en reconocer la existencia y la dependencia de Dios, su razón se demostraría una sin razón, el hombre quedaría reducido a un enigma, a una contradicción viviente, que es precisamente lo que de él nos dice la filosofía laica de última hora, "el existencialismo". Triste vacuidad contraria del todo a lo que podíamos esperar de la evolución progresiva de los seres y de la naturaleza privilegiada del hombre, el único dotado de razón, de esa facultad misteriosa y espiritual que trasciende el tiempo y el espacio y que sin Dios está condenada a ser instrumento atormentador del hombre y fatora de desesperación, por las preguntas que continuamente nos presenta y a las que sin Dios no puede ofrecer solución.

Esto mismo nos debiera hacer caer en la cuenta de que la finalidad de la razón más principal es la de conocer a Dios como centro mantenedor y regulador de toda la vida humana, intelectual y práctica. De lo contrario irremisiblemente nos hemos de ver envueltos en la contradicción viviente de que el progreso, tendencia hacia el ser más perfecto, se resuelve en el universo y en el hombre terminando en la nada.

La razón puede, además de los caminos dichos, llegar a Dios por el testimonio y éste es el caso de nosotros los cristianos en cuanto cristianos. Jesucristo

que no era un loco, ni un mentiroso, ni un alucinado, se nos presenta como Dios y confirma su aserto con obras que sólo Dios las puede hacer porque sólo Dios puede anunciar taxativamente los acontecimientos futuros dependientes de la libertad divina o humana y obrar por encima de las leyes naturales.

Dios que nos ha hecho, bien puede comunicarse con nosotros haciéndose reconocer de nuestra razón por quien es, sea que nos hable a través de su obra o directamente de una manera positiva interna o externa. Esta comunicación positiva a los hombres y su contenido es lo que conocemos con el nombre de revelación, aceptable a nuestra razón, al menos indirectamente, en cuanto que ella nos informa de la existencia de Dios y de su veracidad y bondad y nos puede informar del hecho mismo de la revelación o de su positiva comunicación con los hombres. La razón, de este modo, nos instala en la región de la fe o sea del asentimiento que prestamos a la palabra de Dios, que, por ser tal, vemos que no puede engañarse ni engañarnos, aunque no siempre podamos comprender todo cuanto se digne enseñarnos. Precisamente aquí está el mayor obsequio que a nuestra razón se exige y que ella puede y debe prestar racionalmente a la divina, inconmensurablemente superior, de donde procede.

EN NUESTRO TIEMPO

Dinámica tan sencilla, secular y comprobada de nuestra razón, da pena constatarlo, se ha venido negando sistemáticamente desde que el hombre no ha reconocido en la tierra una autoridad religiosa de origen divino positivo, concretamente desde que no se ha reconocido en materias religiosas la autoridad de la Iglesia Católica.

Lo grave del asunto —lo hacía notar hace poco un ilustre conferencista dominicano— es que han sido los que se tienen por filósofos los que nos han traído a este callejón sin otra salida que el suicidio, por negaciones cada día más audaces y radicales, desde la época del renacimiento.

Se comenzó por negar el carácter divino de la Iglesia y se pasó a negar el de Jesucristo. En seguida el Dios personal, eterno, premiador del bien y castigador del mal, se convirtió en un Dios vago despreocupado de los hombres o identificado con su obra que es lo mismo que destruirlo. A la razón se la aprisionó dentro de sí misma, sin ojos para asegurarse de la realidad de las cosas y sin alas para elevarse sobre ellas. El hombre racional quedó reducido a un productor de espectros y solo se tuvo en cuenta al hombre animal producto de una evolución irracional y determinista destructora de la libertad, pero como al fin y al cabo el hombre pregunta y ansía la contestación, se le contesta que es un condenado a ser libre, un "sin suelo," para hundirse en la nada, y entre tanto, echar mano de cuanto sienta serle útil, aunque sea Dios y la religión.

Irracionalismo y pragmatismo o utilitarismo es el ambiente en que hoy se ve envuelta la vida del hombre y hasta su religión. Para muchos en realidad la religión es cuestión de geografía, de tradición y de familia, o de gana o desgana, de satisfacción o molestia, de ganancia o pérdida, de bien o mal parecer, de pasado o de moda.

Hay fuerzas interesadas en que esta situación respecto del cristianismo genuino, que es el catolicismo, continúe y se acentúe. A esto se dirigen sus esfuerzos en dos direcciones principales; en aumentar la malicia y la confusión que afloje los resortes del entendimiento y en obstaculizar el conocimiento universal metódico y reposado de nuestra religión y la consiguiente adaptación vital o práctica de ella.

Contrarias a estas direcciones han de ser la de cuantos nos preocupamos por el verdadero bien del hombre y de la sociedad, cifrado en que el hombre es un "animal religioso" porque primero es un "animal racional". La misma Iglesia nos enseña y quiere que la razón intervenga con su propia luz natural para conocer de manera cierta a Dios, principio y fin de todas las cosas, a través de las cosas creadas en las que se manifiesta lo invisible de Dios (Rom. 1, 20). Esta misma razón nos ha de llevar al conocimiento cierto del hecho de la revelación, sin el que es imposible la fe verdadera, que toda se apoya en la palabra de Dios, y por la razón hemos de conocer el milagro y los demás preámbulos de la fe para que nuestra creencia sea un obsequio racional y no un vano engaño de captar y conducirse por fantasmas recibidos de otros o forjados por nosotros mismos.

Nuestra fe y nuestra religión no es un sentimiento ciego que brota de los escondrijos de la subconsciencia bajo la presión del corazón y el giro de la voluntad, según conformaciones morales previas, sino un asentimiento del entendimiento a una verdad recibida del exterior, por el oído, con el que creemos que es verdad, por la autoridad de Dios, sumamente veraz, cuantas cosas han sido dichas, testificadas y reveladas por el Dios personal, nuestro Creador y Señor.

El que así cree es el fiel puro y sencillamente cristiano; el que se deja llevar de solo sentimentalismos puede ser un modernista, pero el modernismo en materias de fe está condenado.

